

LA HOSPEDERÍA MONÁSTICA DE HOY³⁸

La hospedería de los monasterios, locutorio de Dios

Pronto hará treinta años que, en su irónico amor, Dios ha hecho en mi “el hombre del umbral” de los monasterios de Francia y de Navarra. Yo era sacerdote desde hacía apenas dos años cuando ya se dibujaba, sin que yo lo supiera ni lo quisiera, lo que sería mi aventura en la tierra: ir de monasterio en monasterio, sin fijar nunca mi tienda, para ayudar a los monjes y a las monjas, en los retiros, a ser un poco más felices, a ser lo que son.

Tengo hoy una cierta visión de conjunto sobre lo que se ha podido llamar con toda justeza “el misterio monástico” y, desde ciertos puntos de vista, el tema de la hospedería de los monasterios por ejemplo. Sin ninguna pretensión, ciertamente, me permito comunicar algo de mi poca experiencia.

¡Ah! es muy sencillo (y Berdiaev lo pensó mucho antes que yo sin haber predicado retiros): “Si la Iglesia no puede existir sin Obispos y sin sacerdotes, cualquiera que sea el valor moral de estos, ella no respira sino por los monjes y los mártires”. Es, precisamente, ese aire el que nos falta y por eso nuestro mundo tan exaltado, tan fantástico, está asfixiándose. Lela yo, hace algún tiempo en “Collectanea”, la observación, tan justa, de Tomás Merton: “Existen no-cristianos y aún incrédulos, decía él, que tienen un gran interés por la contemplación, mayor que el de la mayoría de los cristianos”.

Las comunidades contemplativas constatarán que tienen mucho que decir a los que desean adquirir una penetración espiritual, pero que, en general se aburren hasta morir al oír a los “predicadores”, y se cierran enteramente a la apologética cristiana. Las únicas comunidades que tienen todavía para estas personas, algún significado, son las comunidades contemplativas...” Sí, esto es cierto, y yo mismo lo he constatado a menudo, Recuérdese, por otra parte, a los “Hermanos Karamazov” y aquel extraordinario movimiento de intelectuales, poetas y novelistas lo mismo que de la gente sencilla, que iban a buscar los “startzy” de Optino o a san Serafín de Sarov y a Juan de Cronstadt. Ustedes se quedarían sorprendidos, escribía Dostoievsky, si yo les asegurara que, de las oraciones de esos hombres buscadores de soledad y de silencio, nos vendrá la salvación de Rusia.

Por lo tanto, tenemos necesidad de Dios, de la atmósfera de Dios y pienso que los monasterios deberán ser para esos peregrinos del cielo, que a menudo se ignoran, como lo son los hombres de hoy, esas “tiendas de reunión”, esos tabernáculos, esos locutorios de Dios donde es más fácil que en otra parte, quizás, descubrirlo o redescubrirlo y hablar con él. De ahí la urgente necesidad de las hospederías que no sean sólo paradores cómodos parí grupos especializados o no, dirigidos o no por su Capellán, sino lugares de Dios, esas “casas de contemplación” de que gustosamente hablaban nuestros mayores.

Sin embargo, es a eso a donde ya quiero llegar, si bien es cierto que un ambiente así, como es sin duda el monasterio como tal, puede bastar a algunos para hacer un auténtico alto espiritual. Pienso que es urgente el permitir a todos, sacerdotes o laicos, creyentes o no, no sólo el vivir en un cierto clima de serenidad en la austeridad, de alegría en el trabajo y la vida común, de retorno a Dios. Y además poder beneficiarse con la experiencia de esos hombres o de esas mujeres que han hecho de la “búsqueda de Dios” el propósito de su vida. ¿Por qué, en nuestras

³⁸ Tradujo: Sor Josefina Acevedo Sojo, osb. Abadía de Santa Escolástica - Argentina

hospederías monásticas, no sería posible hacer retiros en forma de diálogos de a dos o tres, o a solas...? Nunca comprendí bien por qué, para semejantes sesiones espirituales, los monjes llaman a toda clase de sacerdotes, religiosos, así también como para su retiro espiritual personal (por lo cual, en mi caso, los bendeciría “in saecula saeculorum”!) o si no, envía a la hospedería al monje tal que fue antes cura o hermano “Predicador”, incapaz de vivir sin un ministerio. Se me responderá sin duda: ¡Pero, usted no lo piensa! Nuestros Padres y nuestras Madres no están hechos para eso, o bien: ¡No están, en modo alguno, preparados para tal cosa!...

Y he aquí efectivamente la gran desgracia. Hemos endurecido tanto, en el monacato de la Iglesia romana, las nociones de clausura, silencio, de falta de ministerio (es preciso oír el acento triunfal con que algunos dicen: ¡“Nosotros no tenemos ministerio!”), que por ellos hemos llegado a tales aberraciones que se preferiría pasar los días en lecturas inútiles, en coleccionar mariposas o estampillas, antes que abrir la boca ante un hambriento de Dios y compartir con él el Pan del cielo.

Con ocasión del primer Congreso monástico italiano realizado en Camandoli en 1958, mi cohermano, el Padre Colosio, director de la *Revista de Ascética y Mística* de Florencia, decía, de manera excelente, a propósito de los retiros predicados por un monje: “el verdadero monje, y ciertamente, no un hombre vestido de monje, está sencillamente orientado hacia ese magnifico programa: “contemplari et contemplanda (¡prestemos mucha atención!) aliis tradere”, lo que es muy diferente y superior a la forma de vida dominicana muy conocida: “contemplata aliis tradere”. Para el monje no se trata de compartir con los demás los resultados de sus estudios teológicos, exegéticos u otros, o de las intuiciones de su caridad, sino más bien de hacer entrar a los demás en su movimiento contemplativo: “Ven, mira, escucha conmigo”. Nos encontramos aquí en presencia de una transfusión vital al alma de otro, del fuego incandescente que arde en el interior del corazón contemplativo, y, de esa “luz” divinizante de la que habla san Benito, que no puede dejar de invadirlo a él, el hombre de los ojos abiertos, el Vidente.

Es esto lo que me hace decir que el monje no puede y no debe hablar como los demás y que no puede dirigirse a cualquier auditorio, aún si lo hace tan bien o mejor que otro. Porque no es esto lo que se espera de él y nos morimos de asfixia, decía antes, porque los únicos que serían capaces de decirnos algo sobre el rostro de Dios, o bien callan por completo (sin duda, es el mal menor) o bien hablan de cualquier tema de actualidad (lo que los hace caer en ridículo).

Recuerdo haber ido con un grupo de profesores y estudiantes, durante el curso de una sesión sobre la Oración, a un famoso monasterio, cercano a nuestro lugar de encuentro. Yo quería que las personas por las que me interesaba no sólo oyeran hablar de la Oración sino que vieran hombres de oración, una comunidad durante el acto de la oración en la Divina Liturgia, y, de ser posible escucharan a un monje, escuchando también él a Dios. Nosotros llegamos en medio del barullo de una portería-bazar, asistimos a una liturgia más parroquial que monástica, luego, después de una larga espera, vimos llegar por fin a un monje joven, recién terminados sus estudios, que no encontró nada mejor que decirnos, en sustancia, esto: la vida monástica es el encuentro fraterno (¡lo cual no se niega, por cierto!). Pero nosotros esperábamos un “staretz” que nos dijera solamente: “Dios es el Ser Viviente en cuya presencia permanezco”.

San Serafín de Sarov estuvo durante diecisiete años recluido antes de atreverse a abrir sus labios; pero en cuanto los entreabrió las multitudes se precipitaron hacia él. Volvía a abrir la serie de la aventura de tantos grandes monjes y monjas, comenzando por Antonio, Benito, Hildegarda y de aquel “serafín de amor” Romualdo de Ravena que, en Sitria, durante su larga reclusión, lloraba a lágrima viva al hablar de Dios, y, no soportando más, huía; y Bernardo, más adelante, que hubiera hecho mejor en no “tallar” tanto sus sermones... Pero, nos diría Dom Leclercq, aquellos cistercienses del siglo XII habían renunciado a todo menos al arte del bien decir y escribir. Todo esto me afirma en la idea de que el monje-profeta está en la más pura línea del monacato cristiano, el que no conocía todavía las codificaciones, los endurecimientos que conocemos, pero que en cambio creía en la presencia, en la violencia y en la libertad

Espíritu.

Se me dirá, sin embargo, que nadie puede improvisarse profeta. Sin duda... La profecía es un carisma como también lo es la vida monástica. Pero me estoy preguntando si no hay que prepararse para este don del Espíritu, para esa posesión a la que debería normalmente conducir el “seguimiento de Cristo” al desierto, la frecuentación continua de la palabra de Dios y de los escritos de los Padres, la santa Liturgia y ese clima de atención a lo esencial que crean el silencio y la soledad que nuestros antiguos (Adán de Perseigne por ejemplo llama hermosamente el Locutorio del Espíritu o la Puerta del Cielo). Quizás entonces, un día, esté el monje dispuesto o no, poco importa, tendrá una Palabra; ustedes conocen aquella Palabra que se iba a buscar humilde y ávidamente desde Roma o Alejandría a nuestros Santos Padres *teóforos*.

Para que ella florezca en los labios y atraviese el corazón, no se trata de estar al corriente de la vida práctica ni de los grandes experimentos científicos o políticos, de los problemas familiares, de los últimos éxitos del teatro, del cine, de la danza o de la música. “Aún si al contemplativo le falta la información precisa sobre tantas realidades de este mundo, por otro lado, tiene el sentido de Dios, el gusto sapiencial que le permite, como decía san Pablo, “Juzgarlo todo” desde un punto de vista superior, desde el punto de vista de Dios mismo y de los valores sobrenaturales. El gran pensador Donoso Cortés decía: “Un verdadero místico conoce las cosas de este mundo mejor que un gran político”.

Sin contar que todo predica en el hombre que es de Dios puesto que él es un salvo-conduto de aquel con quien se ha comprometido, puesto que él respira a Dios. Su sola presencia y la luz de su rostro “derriba las fortalezas” y permite la entrada del Príncipe de la Paz en las almas.

Sin contar con que “ese” monje-profeta no es enteramente él, sino el monasterio que lo ha engendrado y que hoy me lo envía como su Ángel, su intérprete. Porque el monasterio es el gran signo, el lugar donde los seres y las cosas, noche y día, encuentran su densidad y su transparencia divina, como un anticipo de esos cielos nuevos, de esa tierra nueva en que las criaturas, por fin liberadas de la vanidad, nos revelarán la eterna belleza de Aquel que las ha hecho.

*Toulouse
Francia*